

Muchachas que trabajan

CARMEN MEJIAS BONILLA

Madrid, 2012

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: x-xxxx-xxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

MUCHACHAS QUE TRABAJAN

(RESUMEN DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA POR LA AUTORA
EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA
EL DÍA 8 DE MARZO DE 2012)

Hoy, día de la mujer trabajadora, les traigo unos retratos de mujeres que ejercieron sus oficios en la posguerra y que podemos entrever gracias a una serie de reportajes que realizó en 1944 el periodista Leocadio Mejías (Cáceres 1910-Madrid 1968) y fueron publicados en el diario *Madrid* bajo el título “Muchachas que trabajan”. Rindo así tributo doble, por un lado, a esa gran mayoría de mujeres anónimas de todo tiempo que con su trabajo y buen humor consiguen que los pueblos salgan adelante y, al mismo tiempo, al gran periodista que fue Leocadio Mejías, que consiguió reflejar la actualidad de su momento de una forma novedosa haciendo hablar a los protagonistas más numerosos y menos señalados de la sociedad, es decir, a la gente corriente.

El periodista se introduce en los talleres, tiendas, cafés y teatros y capta para nosotros, en panorámica, el color de la ciudad y los personajes que la pululan, pero su mirada enfoca hacia las ilusiones, inquietudes y problemas de las muchachas. Serán las taquimecas, extras de cine, coristas, telefonistas, enfermeras, relojeras, cigarreras, comisionistas... todo un ejército de trabajadoras que no hicieron la revolución pero gracias a ellas se produjo una transformación que modificó la relación que las mujeres tenían consigo mismas, con las demás mujeres y con los hombres.

A principios del siglo XX, en España se inició un éxodo rural y las ciudades ofrecían a las mujeres campesinas labores femeninas de artesanía, encajeras, bordadoras, planchadoras... Hubo algunas obreras fabriles, pero el principal empleo era el trabajo doméstico. Las hijas de esa primera generación de mujeres que emigraron a la ciudad fueron, desgraciadamente también, hijas de una guerra civil y por tanto su desarrollo se detuvo, como lo hizo el país entero.

En la posguerra surgió una nueva oferta de empleo destinado a la mujer. La ciudad ha comprendido que su futuro es abandonar la actividad artesanal a favor de una progresiva proletarización, y las mujeres, siempre en primera línea de trabajo, participaron activamente en ese desarrollo asalariándose en fábricas o en el sector servicios, factor clave de la modernidad.

Se inicia la serie de reportajes con un título que toma prestado de la entonces última novela de Ángeles Villarta¹. *Muchachas que trabajan* es una historia de jovencitas solteras que trabajan y viven juntas. Se intercambian las ropas, los afeites y comparten sus cuitas sentimentales, pero, sobre todo, el hambre. Dice la protagonista:

—Sufrimos, hijas mías, una maldición más horrenda que la bíblica. Al: tendrás hijos con dolor y ganarás el pan con el sudor de tu frente, le sigue... Te venderás por un vaso de café con leche, con el agravante de que ni es café ni leche, y encima se enfadan los galantes caballeros si conseguimos a pesar de todo un puesto de trabajo...

El motivo inmediato que animaba a las mujeres al trabajo era el de completar un escaso presupuesto familiar y reunir una pequeña dote para mejorar el punto de partida del ansiado matrimonio. No hay que olvidar que una de las líneas de la política laboral de Franco era devolver a la mujer casada a la casa. Un artículo del Fuero del Trabajo publicado en 1936 dice: *El Estado liberará a la mujer casada del taller y de la fábrica*. De modo que una de las características comunes de estas “muchachas que trabajan” es su soltería.

Taquimecas

El primer reportaje de la serie lo dedica a las “taquimecas”. Trabajo novedoso para el momento, que daba a las muchachas que lo ejercían la ilusión de ser algo más distinguidas a pesar de que sus sueldos se distinguían muy poco de otros empleos.

Parece ser que la taquimeca vino a sustituir al memorialista de portal o al amanuense que no era sino un memorialista a domicilio, con frecuencia mal vestido y lleno de tinta, pues los angostos salarios que disfrutaban no permitían abusar del uso del quitamanchas; eran emolumentos más propios para mujeres cuyas necesidades entonces se

¹ Periodista asturiana. Directora de la Novela corta del Semanario de Humor Don Venerando. En 1953 obtuvo el premio “Femina” por su novela *Una mujer fea*.

cubrían con poco. Lo cierto es que la Underwood espantó de las oficinas aquellas caras largas y amarillentas, los trajes raídos y los manguitos de tela negra que preservaban del fiero roce de las mesas las mangas de la chaqueta en un alarde previsor trocando el burocrático panorama por otro de muchachas guapas –siempre la juventud es bella– animado por el tecleo alegre de las máquinas y la fresca sonrisa de las taquimecas.

Había en Madrid unos locales a los que iban quienes necesitaban escribir una carta a máquina, o sencillamente a ejercitarse en el nuevo arte de escribir. Se alquilaba el uso de la máquina a peseta la hora. Sigue contando el periodista:

He venido a escribir este relato a una de esas raras industrias donde se alinean máquinas de mecanografía que pueden utilizarse como los taxis, sólo que más barato: a peseta la hora. Y en una Royal vieja, cuyo tecleo suena a cascar de nueces, voy dando cima al reportaje, mientras a mi lado una chica pulsa, produciendo un sonido rítmico y monótono, una pobre Hispano-Olivetti cansada de años y achaques. De reojo miro lo que mi vecina de máquina escribe en un papel de barba: “qpbax-qpbax...”

–¿Por qué escribe esa cosa tan rara señorita?

–Es que estudio el método ciego.

–Ciego, ¿con esos ojos tan hermosos?

–No me interrumpa, que se me gasta la hora y la peseta.

Flirtea un poco con ella y va obteniendo información. Conoce, por ejemplo, que una taquimeca gana al mes unas trescientas pesetas. Que a pesar de que su jornada termine a las siete de la tarde, es precisamente a esa hora cuando los jefes se acuerdan de que hay una carta o un informe urgente pendiente, de manera que una taquimeca nunca sale a su hora. El resultado, pésimo para la muchacha, es la espantada que su tardanza provoca en los pretendientes. Los hombres se resisten a pasear día tras día calle arriba, calle abajo, frente a la oficina, mirando el reloj y liquidando su siempre escaso paquete de cigarrillos.

Extras de cine

Mejias considera que la profesión de *extra* es la más difícil de cuantificar. Tan difícil como contar las estrellas en el cielo, pues los extras cinematográficos nacen y mueren a miles cada día.

No puede calcularse con exactitud el número de extras madrileñas -¿tres mil acaso? En este mundo aparte que constituye el cine mueren y nacen cada día ilusiones a millares; pero es lo cierto que cuando más trabajan no suben a la cifra de quinientas, y el resto permanece a la expectativa buscando la tarjeta para tal o cual persona que les abra la puerta de los estudios en algún nuevo conjunto.

He tratado a muchas extras en mi vida de figurante; desde Mari Tere, a quien ya conocen en todos los platós y se ve negra para contratarse ¡está tan vista! hasta la ingenua provinciana fotogénica que llega un buen día en cualquier tren con sus alhajillas, y se vuelve sin ellas y sin sonrisa. La ilusión del cinema invade el cerebro femenino. ¡Es tan bonito acariciar sueños de ídolo, ser admirada sin fronteras, sembrar pasiones en todas las latitudes, vivir bellas vidas de amor, aunque sean prestadas y falsas; sobrevivirse en tiras de celuloide...!

Donde sobreviven las *extras* es en una ficha de cartulina que guarda el Sindicato del Espectáculo, con su foto, su edad, estatura, peso aficiones, si sabe nadar o montar en bicicleta, si tienen o no traje de noche... Son los datos para una profesión contradictoria, pues tal y como le ocurre a Mari Tere, a la que conocen en todos los *platós*, cuanto más trabajan, menos posibilidades de contratarse tienen. El ocaso de la carrera se produce paradójicamente cuando más experiencia se acumula. De sobra es sabido que el cine exige caras nuevas. Era éste otro trabajo que también podía fácilmente dar al traste con las posibilidades de matrimonio de la mujer que lo ejerciera.

—¿Vives solo de la profesión, Paquita?

—¡Claro! ¿De qué voy a vivir si no sé escribir a máquina, ni hacer otra cosa?

—Sabrás coser.

—Pero el salario de una modista no me sirve, porque en mi casa nos juntamos cinco a la mesa: mi madre, mis dos abuelas, una hermana pequeña y yo.

—¿Te ilusiona el cine?

—¡Bah! Es el causante de todas mis desgracias. Los hombres sois tontos. Figúrate, llevaba cuatro años hablando con un chico y ahora, de repente, se le antoja que no vuelva a pisar un escenario o me deja plantada. Todo es porque fuimos a ver una película donde salgo en unos planos bailando con uno que no se quién es. ¡Celos ridículos! Se puso hecho una fiera. Me deja, ¿sabes? ¡Qué le vamos a hacer! Yo no puedo cambiar de oficio. El salario de un extra es 27,50 diarias.

Modistillas

Este oficio de gran solera, muy anterior a las taquis y a las extras de cine es visto en el reportaje como los últimos vestigios de una profesión que se extingue.

Sólo al conjuro de las verbenas florece todavía, entre notas de polca, de tío-vivo y humo de buñuelos, aquel mantoncito chiné, sonrisa inefable de otro tiempo, de cuando las mecanógrafas, las telefonistas y las extras de cine no habían llegado aún para compartir con las alegres modistillas el pedestal de la gracia. Se olvidó el chotis y la falda de percal, ¡ay modistillas organilleras que aroman ya tantos sueños viejos y aún cascabelean en el recuerdo aromático de los sesentones!

En Madrid trabajaban 4.000 modistillas en 300 talleres registrados. Mejías entra en un taller (*sonajeros para la ciudad, donde la juventud hierve en risas y canciones*) de la calle del Avemaría con la excusa de que le falta un botón en la americana y necesita sus servicios. En ese momento el taller está a pleno rendimiento. Las modistillas terminan con urgencia el equipo para una novia y la llegada del periodista produce un alegre paréntesis. Todas señalan a Manuela como portavoz de las demás, ya que es la única que tiene novio. ¡Y encima, torero! Sí, es torero, pero no quiere decir su nombre porque aún no ha toreado en Madrid, y no es cosa de ningunear a su futuro marido. Cuando el hombre triunfase en Las Ventas ya se enterarían de su nombre. Sin embargo a Manuela se le calienta la boca y se le desata la vehemencia y cuenta con ilusión la esperanza de ser la consorte triunfadora. Cuando eso ocurriera, pondría un taller en la Gran Vía con un gran luminoso en todo el frente que pusiera “Alta Costura”. Mientras llega ese momento, sabe que tendrá que seguir en el taller del Avemaría haciendo equipos de novia para otras y cobrando las 10 pesetas diarias, sueldo máximo de una buena oficiala, al que aspiraba toda aprendiz que entraba ganando 4 pesetas.

Peluqueras

Para la mujer moderna de 1940 “ir a la peluquería”, en lugar de ser peinada en casa, es acudir a un espacio femenino y soberano a distenderse y a conversar en un ambiente “profesional” alejado del circuito doméstico. Era una modernidad que exigía un nivel económico desahogado. Cambiar de peinado era salir de la rutina, algo *chic*, y las distintas modas se utilizaban como un elemento de transformación y de evasión. *Las peluqueras son estuches vivos de los secretos íntimos de las mujeres que acuden a ese establecimiento.* Ese año de 1944 se imponía la moda del pelo corto, *más higiénico que las largas melenas rizadas.* Eso permitió a las peluquerías conseguir muy buenos resultados, y por tanto las peluqueras están mejor pagadas que muchos otros oficios. Aún y así se quejan de tener que aguantar a unas mujeres inseguras que cambian de idea cada cinco minutos, lo que les obliga a hacer y rehacer un peinado porque nunca les termina de gustar.

Las oficialas ganaban, como las modistillas, 10 pesetas diarias si la peluquería era de barrio, pero llegaban hasta las 18 pesetas si prestaban sus servicios en una de primera clase, a lo que luego había que añadir el 10% de caja y las propinas. No estaba mal. La tarifa de servicios, colgada en la pared, marcaba los precios. Las permanentes, por ejemplo, costaban según el método que se siguiera: *Solriza, 30 pts; al líquido, 50 pts; al aceite, 60 pts; tinte, 40 pts; cejas, 4 pts.* Mejías se entretiene en sumar lo que puede gastar una dama por un servicio completo y se escandaliza de los 50 duros que le salen, pues *con la misma cantidad pueden pelarse 100 caballeros y dejar rumbosamente 25 céntimos de propina cada uno.*

Coristas y chicas de conjunto

El portero del teatro Fontalba, macizo y ancho, vestido de verde, conversa con un hombre menudo. Acaso hablan de Manolete y Bombita, de toros chicos y toros grandes. Un hueco en la discusión me permite, al fin, intercalar una frase:

—Oiga, quisiera ver a Maria Teresa Casero; es una chica que trabaja aquí de corista.

El hombre menudo es el *avisador*. Con él se adentra *por unas escaleras teñidas de vieja mugre de farándula*, a un pasillo catecúmeno que abre las puertas de los camerinos. Es la última noche de la compañía en Madrid. Al día siguiente parten

para Barcelona. En la pared hay una tablilla que indica la hora exacta de la marcha, el sitio de salida... pero en letra más menuda se advierte: “*Hay caja de cabos, pero se recuerda que no se entienden por cabos las maletas de mano ni los maletines.*”

María Teresa, la corista, me conduce hasta el mostrador de un pequeño bar, en el que algunos actores vestidos a la moda madrileña del XIX beben gaseosas y discuten con tramoyistas de mono azul que llevan al cinto el martillo a guisa de pistola. Están representando La Revoltosa y Los Claveles.

—Os presento a un amigo mío, Leocadio Mejias, periodista.

Y entre rechiflas el periodista se entera de sus aspiraciones, sueldos y costumbres. Todas ellas hacen pequeños papeles y aspiran a ser bailarinas, cantantes, o cómo no, casarse. Pero una de ellas sueña con llegar a ser pianista.

—Quiero ser pianista. Sólo me falta un año para terminar la carrera... Me levanto a las diez y estudio hasta la una. Tengo un piano mío viejecito pero me sirve. En dos horas como, me arreglo y llego aquí, porque el ensayo comienza a las tres, y a veces dura hasta las seis y media. A las siete empieza la función que termina a las nueve. Mi madre trae la cena, y desde esa hora, hasta las diez que empieza la segunda función, nos la comemos. A la una termina y hay que salir corriendo para no perder el Metro. A las dos ya estoy dormida.

La pianista, que gana 20 pesetas al día en el teatro, se levanta a las diez para tocar y soñar hasta la una. Disciplinadas, ella y su madre, en el gasto, espera terminar la carrera en un año. Al grupo se acerca una anciana que lleva un envoltorio.

—¿Queréis algo, hijas mías?

—Nada señora Petra; estamos en las últimas.

Me explican: —Hay dos o tres señoras como ésta que nos venden cosas a plazos: bolsillos, zapatos, vestidos... y los lunes, cuando cobramos, pasan a recoger lo que se le puede dar: plazos hasta de dos pesetas, y de menos. Esta abuelita fue corista en sus tiempos ¿sabes?

Se aviene la mujer con lo que le dan y se va tan lentamente como ha venido alejándose por el corredor.

Cigarreras

En la antigua Fábrica de Tabacos de la calle Embajadores, ese edificio del siglo XVIII que hoy está destinado a uso cultural, es el lugar en donde 600 cigarreras se ganaban el jornal en el Madrid de 1944. De las 600 mujeres, 180 trabajaban en otras 180 mesas *de succión* para hacerse diariamente cada una 500 cigarrillos. Por ello recibían 10,40 pesetas diarias. Pero las cigarreras, que siempre fueron reivindicadoras, tenían derecho a 60 días de enfermedad al año (con todo el sueldo), médico y medicinas gratis, 15 días de vacaciones pagadas y otros 8 días especiales para atender a familiares enfermos.

En una sala inmensa, grandes máquinas se mueven con la misma rapidez que las mujeres. Las *Vilaseca* llegan a tirar 22.000 cigarrillos a la hora. En otra sala se fabrican al día dos millones de “Ideales”. Curioso nombre que se le dio a un tabaco de bajo precio y mala calidad. El periodista visita la fábrica conducido por el inspector. Antes de finalizar se detiene ante una cigarrera vieja. La máquina *Vilaseca* va respunteando la conversación.

—Pronto se jubilará ¿eh, abuela?

—¡No me llames abuela, ea!

Y la memoria de Rosa, que así se llama la anciana, recuerda perfectamente el primer día que entró acompañada de su madre a ganarse el jornal. Tenía 18 rabiosos años. Sus ojos se alegran añorando el jolgorio de las 7.000 muchachas que trabajaban entonces. Muchachas que tenían la costumbre de cortar las flores del patio para ponérselas en el pelo.

—Ahora las flores se deshojan en las ramas sin que nadie las eche mano. Cuando yo entré era cuando la sangre bullía más aprisa, cuando se organizaban bailes y merendolas y también cuando éramos capaces de organizar sonadas huelgas, como la que se hizo cuando trajeron las primeras máquinas... Las chicas de hoy ya ni llevan pañuelo al talle. Han perdido hasta los andares y se han vuelto tan cursis que ya no saben ni liar un cigarrillo con las manos... Si te digo que hay quien se pinta hasta las uñas... Una sirena lanza su voz nasal y las cigarreras abandonan el trabajo. La puerta de la fábrica va soltando a la calle de Embajadores puñados de mujeres que conversan animadas por la mañana de Sol. La Sra. Rosa con sus alpargatas de cáñamo y su viejo pañuelo al talle va quedando atrás. Marcha sola buscando la sombra.

—Vamos abuela, que se hace tarde.

Se le ofrece repentino el brazo de su nieta, una modistilla que viene del taller a su encuentro, y el periodista las observa alejarse distinguiendo en los andares de la vieja el garbo madrileño que ella llamó el de *las cigarreras de su tiempo*.

Telefonistas

Cuando las conferencias pasaban forzosamente por las operadoras de central, se estereotipó su imagen como la de una mujer despreocupada de su tarea, que aprovechaba el teléfono para hablar sin parar con novio y amigas, ignorando cruelmente al impaciente abonado, mientras se limaba las uñas.

*—Señorita, quiero una conferencia con el 22349 de Barcelona...
¿Cómo que dentro de media hora? ¡Es intolerable!*

Pero en el centro operador de la Compañía Telefónica, en la Gran Vía madrileña, las cosas eran muy distintas. 4.500 telefonistas, uniformadas como doncellas, de negro con su cuellecito blanco, producen en la gran sala un rumor a medio tono. Desde el ángulo que observa el reportero se ofrece un panorama de cabecitas abrazadas por la diadema del micrófono *de microplastón*, como cuerno invertido ante la boca. Si se agudiza el oído, se distinguen entre el rumor unas frases cortas que van dejando caer: “*Cuelgue que se le avisará. Van 3 minutos. Marque el 03*”. Blancas manos, que parecen jugar a sacar y meter cables azules por unos agujeritos, realizan un movimiento que continúa imparable hasta que acaba el turno. Cuando terminan, las operadoras acuden al bar que Telefónica puso a su disposición exclusiva. Bar con flores, divanes y radio... Allí disponían gratis de café y revistas y de dos teléfonos que parecen ser pocos.

—¡Pepita por Dios, acaba!

—Un momento... ¿Qué dices?

La chica que está detrás aproxima la cabeza a la de la que habla y grita:

—Van doce minutos... ¡y todas tenemos novio!

Y al decirlo corta la comunicación a su compañera.

El periodista está cohibido. Tiene la sensación de que ha entrado en un gineceo. Pero una joven de Almería le saca de la contemplación con una advertencia severa:

*—¡Nosotras hablamos con nuestros novios siempre fuera de servicio!
¡Que le quede bien claro que cuando no atendemos a un abonado es porque estamos atendiendo a otro!*

Animadoras

En la posguerra, muchos cafés bostezaban de viejos y contagiaban la enfermedad del sueño. Las animadoras, o cantantes de canciones ligeras, se incorporaron para amenizar sus almas antiguas. El viejo café *Calatravas* era uno de esos. Allí se cita el periodista con una novieta que se retrasa hora y media. *Pero ¿qué es una hora y media de espera en un café con animadoras? Nada. El tiempo huye rápido aventado por la música frívola y por la visión del contorsionismo de la espléndida mulata Rizo, que parece imposible que sea de Vallecas.* Las animadoras se contrataban en agencias que les cobraban hasta el 20% del salario. Animadora no podía ser cualquiera; había que aprobar un examen para obtener el carnet del Sindicato del Espectáculo para ganarse así la vida. Es decir, 10 pesetas al día en Madrid y 20 si iban a provincias. La animación estaba permitida hasta las 9 de la noche, hora de levantar el vuelo para ir a cenar.

Vendedoras de grandes almacenes

Las *Sederías Carretas* fueron símbolo del progreso. Sus nuevos planteamientos comerciales, las relaciones laborales, la selección de personal y una creativa política de ventas, proporcionó a la empresa de Don Pepín Fernández un éxito comercial sin precedentes en España. Las muchachas seleccionadas eran la *crème* de las dependientas. Se las uniformaba con la batita negra con cuello blanco, referencia estética de elegancia en sirvientas. Debían conocer el artículo y saber venderlo, pero también ser jóvenes, guapas, pacientes y aprenderse bien aquello de “el cliente siempre tiene razón”. El sueldo máximo de las dependientas era de 300 pesetas al mes, más algunos pluses. Otras ganaban exactamente la mitad, 150 pesetas, y sólo libraban los domingos, así que casi *ni pueden verse con los novios*. Sin embargo, y a pesar de sus quejas, las vendedoras de grandes almacenes eran maestras en sonreír. Fue cuando la sonrisa se reveló nítidamente como un arma muy comercial.

Comisionistas

Las comisionistas eran mujeres que hoy llamamos *representantes* y se buscaban la vida con un muestrario bajo el brazo. Considera el periodista que *Ir buscando lo eventual de la comisión requiere un temperamento heroico o aventurero, o una necesidad ineludible.*

—¿Cuál de estas cosas la mueve a tener este oficio, señorita?

—Quizá las dos. No sé aclimatarme a un pequeño sueldo fijo.

—Pero más vale pájaro en mano...

—Para pájaro flaco más valen ciento volando. Yo podría estar modestamente colocada en una oficina —que es tanto como cerrarse el horizonte al porvenir de las ambiciones— empeñando mi relativa libertad por cincuenta o sesenta duros al mes. Pero, las oficinas para las mujeres resuelven tan poco... No son más que la sala de espera al matrimonio, una salita de espera muy mediocre, de segunda clase.

Claro que nuestra comisionista lleva varias representaciones juntas: la casa de drogas Valmaseda, un depósito de cera y distintas marcas de artículos de perfumería, brochas, papel higiénico, bolas de lejía... La mejor de todas es, sin duda, la de papel higiénico, que la permite ganar 800 pesetas de comisión cada 3 meses. Entre unos artículos y otros la mujer sale por 2.000 pesetas al mes, aunque hay meses malos que solo saca 500 pesetas, y se gasta lo suyo en zapatos y viajes de Metro. Ella misma reconoce que su industria es pujante y escasa la competencia. Hay pocas mujeres que se decidan por un trabajo que exige confianza, seguridad en sí misma y mantener todo el tiempo un espíritu independiente.

—Ninguna chica sueña con dedicarse a las representaciones. La primera ambición de trabajo de una muchacha, pasadas ya las quimeras de novela rosa, suele ser una oposicioncita: Correos, Telégrafos, Hacienda... Fracasa esto y la ambición deriva a depender de una industria, a colocarse de mecanógrafa, etc. Mas si la colocación se hace esperar y la necesidad económica apremia busca lo que sea, indagando entre sus amistades o en las secciones de anuncios por palabras de los periódicos ¡Como sea! Y siempre halla un: “Señorita buena presencia se necesita para representar artículo fácil venta”. Pero como el artículo de “fácil venta” es difícilísimo colocarlo, la muchacha realiza visitas inútiles y el cliente mismo la va iniciando: “Si en lugar de eso trajera tal cosa... Y si ella es espabilada busca la tal cosa, y la suma a su lista de artículos”.

Forradoras de botones

La moda de forrar los botones surgió a partir de la escasez de materiales. Tuvieron que hacerse de una madera basta, sin pulir, lo que les daba un aspecto pobre, de modo que forrarlos fue una bonita solución. Lo malo que, al contrario de los de nácar, carey o pasta, éstos no se podían mojar y había que descoserlos cada vez que se lavaba la prenda.

“Se forran botones” El rótulo pertinaz, clavado en el quicio de una puerta me atrae al interior de una casona vieja, con escaleras destartaladas.

—¡Portera! ¿Dónde forran botones?

—En el principal interior D.

Subo, subo, subo... ochenta y cuatro escalones. Bajo, entresuelo, primero, primero A y principal, que es el último piso. Tiro del cordón mugriento que cuelga de la pared —el cordón de un albornoz de jubilado— y suena dentro una campanilla.

—Sí señor, pase usted.

En Madrid trabajan 3.000 “botones”. Cada chico de éstos lleva en el uniforme de 24 a 56 botones dorados, porque los hay con cuatro filas de 14 piezas cada una. Son pues, en número redondos, 250.000 botones de metal... Pienso que en darle brillo a la botonadura pierden los chicos de los hoteles casi una hora que no la cuentan de su jornada de trabajo, y forrándolos, pues ¡claro! conseguiríamos... La muchacha ríe.

—¿En cuanto tiempo podría forrarlos?

—En un año, y puedo cobrar el trabajo según las tarifas... (hace números) 5.000 pesetas escasas si trabajo al día 14 horas.

—¿Usted trabaja 14 horas diarias?

—No; por desgracia, no trabajo ni dos horas. ¡Es que en forrar un botón se tarda tan poco...! de un minuto a minuto y medio.

—¿Vive usted sólo de este oficio?

—No, pero es una ayuda. Yo soy tejedora.

Se cogen puntos

En las tiendas de “confección” se reservaba un sitito a la vista del público donde una mujer sentada ante una pequeña mesa cogía los puntos que se soltaban de las carísimas medias “de cristal” o de gasa. Su actividad se anunciaba en un cartel colocado estratégicamente. Con buena grafía estaba escrito “Se cogen puntos”. Con frecuencia, la “cogedora” se mostraba a través de las lunas del escaparate y trabajaba impasible ante la curiosidad de los viandantes, que se paraban atraídos por el movimiento de sus manos que hacían volar a la aguja neumática, reparando maravillosamente el tejido herido de la media.

—¿Es suya la máquina, señorita?— Todavía no, aún me faltan que pagar unos plazos.

El precio de una máquina de coger puntos oscilaba de 3.600 a 5.000 pesetas pero, como el manejo se aprendía en tres días, fue una apuesta industrial autónoma que eligieron muchas mujeres para ganarse la vida. La máquina realizaba en tres minutos el trabajo que a mano se llevaba como mínimo un cuarto de hora. Cobraban 25 céntimos por las carreras más pequeñas, es decir las que solo tenían suelto un punto, y si no pasaba de 5 centímetros de larga. Cuando el enganchón se llevaba dos puntos, la reparación subía ya a una peseta. Este baremo de precios, permitía a una “cogedora” ganar unos días con otros, tres duros.

Fue tal el éxito de esta industria que no hubo tienda que no alojara una mujer que cogiera los puntos. Mercerías, perfumerías, panaderías, tintorerías... Eran las medias de ultragasa y de cristal las que más se estropeaban; las más finas y delicadas de entre todas que, a su vez, eran las más caras. Un par de medias de cristal costaba 150 pesetas. Carísimas, sobre todo comparadas con las 16 pesetas que costaban las de seda, hasta el momento las reinas de las piernas femeninas. Sucedió con las medias lo contrario que con otras prendas, éstas, cuanto más baratas, menos se rompían.

—¿Qué gastará una obrera en medias y arreglos?

—En arreglos muy poco, tal vez nada. Ellas compran un tipo de media que oscila entre 8,50 y 11 pesetas. Tiene esa media muy buena vista y se rompe de tarde en tarde. Un punto cada dos o tres semanas, y casi siempre se lo cogen ellas. Es fácil y suelen ser habilidosas, y las hay que en el verano se pintan las piernas para no tener que usarlas.

—Pero se gastarán el dinero en pintura.

—No crea, con un real de achicoria y agua quedan las piernas con un color salvaje maravilloso.

El servicio doméstico

Siempre salen juntas Blanca, Lorenza y Dominica. El de la carbonería las llama “la red nacional” porque son respectivamente de Madrid, Zaragoza y Alicante. Por las mañanas cantan como las alondras, sólo que mucho mas fuerte y las distintas canciones se mezclan en el tubo del patio formando un gracioso cóctel musical. Lorenza sirve en el primero. Blanca en el segundo y Dominica en el tercero. Desde las ocho no hay quien duerma en toda la casa. Dominica es la más sentimental. Quizá hay un refrán que diga: “Dime lo que cantas y te diré cómo eres”. Pues ella canta “Limosna de amor”, “Bésame mucho”, siempre cosas espirituales, y alarga y columpia las notas en difíciles trémolos de su inspiración. A Lorenza –la zaragozana– rolliza y colorada, le da por el flamenco. Se sabe los repertorios de La Piquer y de Manolo Caracol, y los suelta muy aprisa para que le de tiempo a cantarlos completos en el día. Pero los sábados cambia el disco. Los sábados saca las alfombras al balcón y las apalea rudamente, llevando con los golpes mientras canta, el compás de esa copla que dice:

... Y si lo son que lo sean,

A nadie le importa nada,

Ellos pagan lo que deben, ¡Aúpa!

Al terminar la jornada.

En ¡Aúpa! es donde le suelta el palo más fuerte a la alfombra...

A Blanca la colocó su madre de niñera en la casa de los Sres. de Baranda por cinco duros y la comida. A Dominica no la pagan nada. Entró sirviendo en la pensión “La Estupenda” con dieciséis duros al mes y desde hace tres años todo se lo dejan en deuda. *¡Allí no hay quien cobre, ni quien pague! No señor, ni los viajeros! A veces hay que pedirles que pongan algo a escote para llevar la comida... ¡Y se niegan!*

Lorenza la saludable, sirve a Don Bautista, un catedrático de latín con siete hijos que tienen la costumbre de subir la escalera grabando frases en el yeso de la pared a punta de navaja.

–¡Saludable, dice? Pesaba 72 kilos y peso 50, gracias al régimen de acelgas y chicharras, porque como se reúne tanta gente en la casa, el catedrático no da de sí para más. ¡Menudos trajines, hacer once camas, limpiar ocho habitaciones, ir por la leche, por el carbón, por la fruta; que si el niño se hace pis, que si se hace pos, fregar, barrer...¡Y doce duros al mes!

–No podréis mandar mucho a casa.

–¡A casa? Ni pensarlo. Se gastan al mes de dos a tres pares de alpargatas que valen a ocho pesetas el par –la mitad del sueldo– En el verano hay que ir reuniendo para poder comprar el abrigo de invierno. Y luego que en Madrid no se puede andar sin la permanente.

—¿No os dan la ropa?

—En algunas casas dan uniforme y hay sirvientas que ganan hasta dieciocho y veinte duros, pero son contadas. A nosotras nos dan un mandil, y gracias. Y no sabe usted lo que es subir los cubos de carbón por las escaleras, que en el ascensor no nos dejan, y no hablar con el novio más que de domingo a domingo, y..., y..., y...

Fotógrafas

A estas trabajadoras no las denomina así porque ejerzan de reporteras gráficas, ni retratistas de estudio, labores en donde se ha de dominar la técnica y el arte fotográfico. Ellas trabajan en las cabinas fotográficas instaladas en un principio en los grandes almacenes o en los bares de mucho tránsito, y se le antoja a Mejías que son unas Dianas cazadoras pertrechadas con ametralladoras fotográficas en lugar de flechas. Disparan seis ráfagas de flashes para cazar seis instantáneas y entregarlas también instantáneamente. Todo por 3 pesetas.

Isabelita lleva cinco años en este oficio, es asturiana, y sirve ahora una cabina en el número 25 de la calle Mayor.

—¿Ocho horas de trabajo?

—Sí, pero las de más trabajo son desde las once a la una por la mañana y de las seis a las nueve por la tarde. ¡Ah! Y los domingos; los domingos es horrible. Se nos llena esto de soldados y chicas de servir. Como tienen el día libre, vienen muchos juntos.

Los clientes se retratan sobre fondillos pintados, que simulan cosas diferentes, y tienen gorras y sombreros para cada fondillo. Uno simula el interior de un automóvil. El que posa coge la rueda de un volante entre las dos manos y se pone una gorra de taxista. Otros son un aeroplano, un barco, o cenefas de rosas, y de margaritas...

—Las chicas del servicio doméstico prefieren retratarse fingiendo que hablan por ese teléfono de madera.

—Claro, como a las amas les molesta tanto que ellas hablen por el de la casa...

—Hay quien viene con unas greñas enormes y quiere que lo saquemos pelado. Entonces los mando que se mojen la cabeza en esa pila y les pongo sobre el cabello una media de gasa muy tirante. Las modistillas y las obreritas eligen, por lo general, un sombrero pamela que tenemos, de alas grandes, con una flor. Cada cual tiene sus gustos. Hay quien quiere las fotografías en color—sobre todo los niños—y se las iluminamos. De este trabajo nos corresponde a nosotras el diez por ciento además del sueldo, que son diez pesetas. Aquí yo vengo a tirar unas cien tiras de seis fotos por día.

—¡Dieciocho mil retratos al mes! Y lleva cinco años. ¡Se ha hecho ya casi dos millones de fotografías! ¡Más que habitantes hay en Madrid! ¡Uf! ¿Cómo se metió usted en este oficio tan... fotomatónico?

—Porque no sabía ninguno y como éste es sencillo... Pero me aburre mucho, tengo ganas de perderlo de vista. Cuando me case... ¡Y no me haré fotografía de boda!

Taquilleras y acomodadoras

Las tardes de los sábados y las mañanas de los domingos, dos largas filas de personas zigzaguean calle abajo con la intención de comprar las localidades para el cine: Patio o Paraíso. Dos muchachos con pinta de estudiantes se aproximan y piden: —*Dos gallineros para dos rajás*. La taquillera corta de un taco un par de billetes y les cobra.

—*Son gente de buen humor que les da por llamar de maneras raras a las localidades. Nosotras ya conocemos su lenguaje. Unos dicen cielo raso, otros “sleeping table”. Ayer me pidió uno un diván estratosférico.*

—¿Y eso que es?

—*Se comprende. La localidad más alta del cine, es decir, la más barata.*

Las taquilleras se sientan tras la ventanilla a las cuatro de la tarde y se van de noche, casi a punto de cerrarse el Metro, pero en los ratos vacíos engordan el punto de jersey o adelantan la novela. Su gran sacrificio, como en el resto de sus congéneres, es la incompatibilidad festiva con los novios. En los cines, los días de fiesta son los que más trabajan, al revés que en otras profesiones.

—*Fíjese mi novio trabaja en una oficina, y con lo que me gusta a mi ir a la sierra —él descansa el domingo y yo el jueves— pues nos está vedada la excursión semanal.*

Trabajar en un cine era buen empleo. Su salario era de diez pesetas los días laborables y quince los domingos y días festivos por acudir de mañana a despachar “venta anticipada”. Pero el grueso estribaba en las propinas que les ponían por delante los espectadores que querían determinadas filas. Dentro del cine de sesión continua, sentada en la última butaca, la acomodadora espera a que se abran las gruesas cortinas que dan acceso a la sala para levantarse y acomodarse al que entra, que le ofrece siempre, o casi siempre, una propina. Si no fuera por ellas, la acomodadora no podría vivir, porque el sueldo es de un duro. Esta acomodadora lleva una cuenta muy curiosa. La película *Rebeca* le produjo, en las dos semanas que estuvo en cartel, 328 pesetas. Ella cataloga la calidad de las películas por el monto económico que le producen las propinas:

—Los novios son los mas rumbosos, (será porque el amor siempre es espléndido), y los menos, los viejos.

Aunque luego reflexiona y corrige:

—Bueno, las mujeres dan menos aún que los viejos, rara es la que suelta un céntimo, y cuanto más joven, peor.

—¿Qué hay que hacer para conseguir un puesto? Porque yo tengo una amiga que está sin empleo, la pobre.

—Para ser acomodadora hay que estar inscrita en la Oficina de Colocación y tener el carné de paro, pertenecer al Sindicato del Espectáculo y esperar a que una empresa te solicite. Las vacantes son muy raras, porque somos jóvenes y sin ganas de morirnos.

—Pero se pueden casar...

—Claro, pero eso es muy difícil también.

—¿Por qué difícil?

—¿Sabe usted de algún piso que se alquile? Porque yo le cedo el puesto a su amiga por un piso en alquiler.

Como ven, el matrimonio, un anhelo común de las muchachas, se percibe con claridad en todos los reportajes. Es una manifestación más de la cordura y coherencia de las mujeres. Había que levantar un país, trabajando, criando hijos y aunque las actitudes de estas muchachas disten mucho de plantear una emancipación, con su presencia en los escenarios laborales conseguirán que poco a poco la mujer deje de ser invisible. Después del matrimonio les espera en la casa otra tarea infinita y mucho más ardua: Obtener, con su excelente trabajo doméstico y con su absoluta dedicación, el máximo rendimiento del pequeño salario del hombre. Y así fue como se hizo cierta esa greguería de Ramón Gómez de la Serna, que decía: *Madrid es que las madres hagan abrigos a sus niños.*

Breve nota biográfica

Carmen Mejías Bonilla es Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense y Master de Radiodifusión por la misma Universidad.

Escritora, periodista de investigación, colaboradora en distintas publicaciones, conferenciante y locutora-recitadora.

Es también autora de los Cuadernos UMER números 34 (*Rosario Acuña: más allá de una estética feminista*), 40 (*Mujeres: del voto femenino a Nada*), 61 (*Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel*) y 66 (*Carmen de Burgos: la voz de los sin voz*).

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 50 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla.

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral.

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero.

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez.

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach.

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino.

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado.

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río.

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptor.

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.